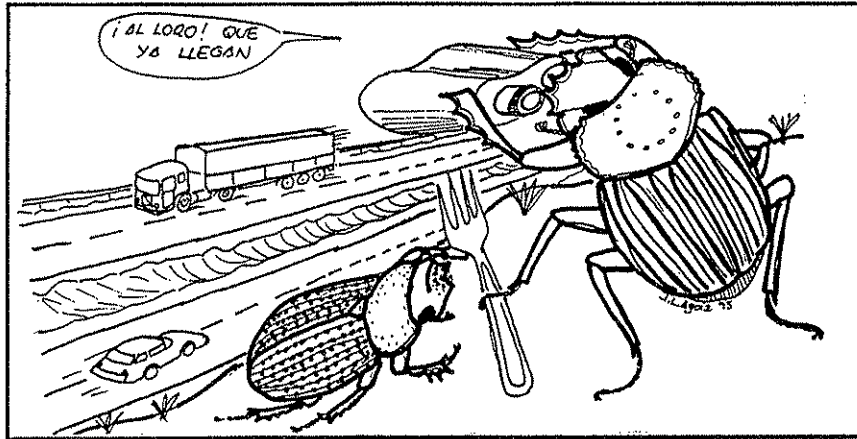


GENERA INSECTORUM

A.Melic

El dibujo adjunto nos lo envía J.L. Agotz y acompañaba a su nota breve (pág.67) titulada '¡Gracias viajeros!' Aunque es uno de los chistes de gusto más dudoso que he leído en toda mi vida, ahí queda, por si alguien escribe, algún día, una historia escatológica de la Entomología.



A propósito de algunos tópicos...

Que la Entomología española tiene un retraso de 70 a 100 años con respecto a la de cualquier otro país vecino de Europa es casi uno de los tópicos más extendidos entre los entomólogos. El argumento fundamental es -todo el mundo lo sabe- el escaso conocimiento de nuestra entomofauna concretada, en definitiva, en la ausencia de una Fauna Ibérica publicada que, en otros países, constituye ya una obra clásica y hasta vetusta. Por suerte -aunque con retraso- esta carencia legendaria puede pasar a la historia. Ya tenemos en marcha nuestra propia Fauna Ibérica; lenta (mucho más de lo que quisiéramos todos), pero segura.

Así pues, teniendo en marcha nuestra 'fauna', nos vamos acercando a la entomología de otros países... ¿o no? Sin restar ni un ápice a la importancia intrínseca de la obra, yo creo que no; que todavía falta una distancia por recorrer escalofriantemente grande. No me preocupa que Francia haya editado su volumen 80 de la Faune de France, o que la de Madagascar haya superado esa cifra; ni siquiera insinuo que la preparación o capacidad de nuestros entomólogos sea menor que la de los de otros lugares; bien al contrario: seguramente puede afirmarse con rotundidad que los avances de la entomología española de los últimos 25 años divididos por el volumen de recursos económicos disponibles es desproporcionadamente mayor que igual cociente en, posiblemente, la totalidad de países de Europa. Si en una carrera hacemos que uno de los corredores vaya descalzo y el otro en motocicleta, nadie puede esperar que la gane el que corre sin zapatillas. De hecho, lo que se puede esperar es que el de la moto obtenga una ventaja enorme. Y nuestros corredores -que han tenido que competir descalzos- no están tan retrasados, así que, en realidad, deben ser muy buenos corredores.

Pero si la Administración -la que debería haber comprado, sino la moto, al menos las zapatillas- ha demostrado durante el último siglo la más absoluta despreocupación en materia medioambiental y faunística, no podemos olvidar que ha faltado también una base sólida sobre la que levantar el edificio de la entomología nacional. Me refiero a los aficionados; a la postre, el magma primigenio del que se nutre, a la larga, la entomología profesional. Apenas puede rastrearse la existencia de unas pocas organizaciones entomológicas en la España del último siglo, y aunque algunas de ellas alcanzaron un cierto prestigio, su número ha sido francamente miserable en comparación con las existentes en Francia, Inglaterra, Alemania o Italia.

Las inquietudes entomológicas en la historia de España, sitúan a nuestro país en la categoría de región sub-tropical. No es un exabrupto. Es bien sabido que en las regiones tropicales el interés por su riqueza biológica es (al margen

de los aspectos puramente económicos) más una función de inquietudes extranjeras que nacionales. España, por su parte, en palabras del mismísimo Linneo, es la India de Europa, el país más rico desde el punto de vista biológico. Por alguna razón, la riqueza biológica es mucho más estimada allá donde ésta es escasa que donde es abundante. El interés (lúdico, estético o científico) parece ser inversamente proporcional al volumen de Biodiversidad en términos locales. Claro que también podría argumentarse que esta reacción es un mero reflejo del nivel cultural medio de las poblaciones respectivas (según el tópico), o bien de la codicia (el valor de un bien es directamente proporcional a su escasez). Los dos aspectos (cultura y codicia) pueden estar más o menos relacionados con la jerarquía de necesidades que los economistas utilizan para determinar si los mercados están suficientemente maduros para introducir en ellos nuevos productos. Sea lo que sea, al reducido interés medio de los hispanos por la Naturaleza, se ha unido la escasa tendencia al gregarismo que se imputa habitualmente (otro tópico, no sé si correcto) del carácter latino. El número de asociaciones (científico-culturales) de todo tipo existentes en España es ridículamente bajo en comparación a la de otros países europeos. Las sociedades entomológicas, no iban a ser menos y raramente han conseguido la mínima base social para fructificar, mantenerse y desarrollar una labor seria y continuada.

Y sin embargo, las sociedades entomológicas son la pieza clave para llegar a un conocimiento faunístico de nuestra riqueza biológica en un plazo relativamente reducido. Son, a la larga, las únicas depositarias de la información biológica local, y, en consecuencia, las únicas que pueden señalar problemas, inventariar conocimientos, controlar políticas y diseñar soluciones (insisto, de carácter local).

Los organismos públicos -mal que les pese- y las organizaciones ecologistas sólo pueden actuar o tomar posiciones basándose en el criterio elaborado de Instituciones públicas de carácter científico o de Asociaciones privadas especializadas. Cuando más de la mitad de las especies vivas que se conocen son artrópodos, los estudios de impacto ambiental o los diseños de políticas conservacionistas, no pueden basarse en el criterio de un número ridículamente bajo de especialistas que manejan un cierto volumen de información de un número escandalosamente reducido de organismos vivos pertenecientes a unos pocos phylum (salvo que fueran utilizados como bioindicadores, pero de eso hay mucho que hablar todavía). En gran medida (aunque no exclusivamente), esta actitud hace de nuestra política ambiental una política marxista (no porque sea de izquierdas, sino porque parece un diálogo de Groucho y Chicco Marx).

Pero volvamos al asunto inicial, el de la escasez de sociedades entomológicas españolas. En teoría, los tópicos mencionados más arriba y en los que suponemos se basa la tradicional ausencia de inquietudes entomológicas en España, ya no sirven, o se están atenuando (insisto, en teoría). Así, el escaso interés hacia la naturaleza (la **subtropicalidad**) está siendo sustituido por un conjunto de inquietudes crecientes y bien asentadas entre la población respecto al porvenir del **Medio Ambiente**. Esta concienciación, hace que lo que antes era un bien abundante -y por ello, banal- sea ahora considerado por cada día más personas, algo escaso y valioso y, en consecuencia, un bien de interés manifiesto. Por mor de la degradación medioambiental estamos tomando conciencia de la riqueza biológica (aunque sólo de su existencia en abstracto) y ello hace que cada vez más personas se conviertan en aficionados a la naturaleza. Entra en juego, automáticamente, la codicia, y con ella la sensación de propiedad y de pérdida que refuerzan nuestros intereses iniciales más o menos lúdicos o estéticos. La cultura (es decir, el nivel cultural medio de la población) es también creciente (aunque esté todavía lejos de un nivel medio razonablemente adecuado) y ello tiene que ser un poderoso elemento que potencie el interés hacia ramas especializadas como la entomología. Otros factores seguramente potencian el acercamiento generalizado a la problemática del medio ambiente. Los psicólogos, por ejemplo, podrían hablarnos del concepto de **Culpa Colectiva** (tan extraordinariamente aprovechado por diversas religiones) en el que tan bien encajan las ideas de degradación medioambiental y crisis de biodiversidad. Queda, además, nuestro carácter latino como impedimento a la coordinación asociativa de intereses, pero éste cada día está más diluido y domesticado; la **Aldea global** supone a la larga la extinción de idiosincrasias y la uniformización de culturas y rasgos. Estamos condenados a ser europeos (lo digo con un punto de resignación), o norteamericanos en el exilio (lo digo con auténtico disgusto), aunque todavía seamos capaces de preservar (en museos o valles escondidos) algunos de nuestros caracteres identificadores.

Si las causas citadas han sido -en un análisis superficial- las barreras naturales a la proliferación de sociedades y asociaciones entomológicas (y de otro tipo) en España, parece claro que la eliminación o atenuación de aquellas debería llevar a la potenciación de éstas. ¿Es esto lo que está ocurriendo?

Creo que no, al menos no de una forma apreciable o significativa. Por eso decía al principio que todavía no nos estamos acercando a la entomología de otros países, porque seguimos sin una base lo suficientemente sólida en la que apoyar la construcción de la entomología nacional.

He dicho.

● En Zaragoza, apenas un crío se ha llevado la medalla de oro de una Asociación de Caza por haber abatido el ciervo con mayor cornamenta visto en muchas décadas (Heraldo de Aragón, 22-2-1996). Lo curioso es que esto ocurre al mismo tiempo que algunas Consejerías de Medio Ambiente de otras Comunidades Autónomas (por ejemplo, la Junta de Andalucía) deniegan el permiso correspondiente de caza para varios entomólogos de prestigio internacional que pretendían realizar estudios de campo determinados. De todos modos, tal vez todo tenga su explicación. Es posible que la Junta de Andalucía esté ocupada en otros asuntos: por ejemplo, en justificar la masacre de Sierra Nevada (donde vivía un género y especie única de dermáptero, o cierto ortóptero endémico, entre otros); tal vez estén buscando explicaciones razonables a la destrucción de una colonia única de *ignifera* en la ampliación de la carretera Granada-Diezma, o de la colonia de fausta, en la carretera de Almería o, quizás, de *Danaus chrysiphus* bajo una urbanización en la costa malagueña. Están, seguramente muy ocupados para extender permisos de captura a científicos.

● Y es que me imagino la escena. Un funcionario público -al que seguramente le dan asco los insectos- llega el lunes a su despacho. Quizás esté malhumorado; su

equipo de fútbol perdió el domingo. ¿Quién sabe? Su mujer le maltrata. Ha habido elecciones, y ello siempre es preocupante. El nuevo querrá promocionar a los suyos. A veces, en mitad de un expediente se queda absorto, pensativo, y la melancolía le invade. Poco a poco la angustia le aprisiona el pecho y se deja llevar por la desesperación. Su vida es gris y -piensa él en esos momentos- sin sentido. Está solo y su existencia es un infierno. Y en ese momento, justo en ese momento, el repartidor del correo deja sobre su mesa una solicitud. Pero ¿qué quiere este imbécil? ¿No tiene la gente otra cosa que hacer que venir a molestarte? ¿Coger bichos, para qué? ¡Martínez, tráigame el sello de denegaciones! ¡ESTA PROHIBIDO! Y el hombre -ese hombre- por alguna misteriosa razón encuentra un instante de paz y satisfacción. Su vida comienza a recobrar la alegría y el sentido. Comprende que él -y sólo él- es el depositario de un poder único, por minúsculo que sea, por intrascendente que parezca. Sí, se siente liberado, poderoso, cuando estampa con energía incontentada el sello de caucho sobre la solicitud, en defensa de la Naturaleza, la Ley y el Orden Público.

● Está por confirmar, pero tengo entendido que en la Comunidad Autónoma de Madrid, un mago de la ironía y el sarcasmo ha presentado una solicitud de autorización a Medio Ambiente, a través del Colegio Oficial de Médicos, para... exterminar las lombrices intestinales de sus hijos.

Actos aislados como éste refuerzan mi confianza en el ser humano, a pesar de todo.

● ¿100 millones de especies biológicas sobre el planeta? Si esto es cierto -y debe serlo, pues lo dice el ministro de dios en cuestiones de Naturaleza, E.O. Wilson- tenemos un grave problema. Y no me refiero al de los taxónomos o sistemáticos, a los que más pronto o más tarde terminará sustituyendo un HALL 9000. El problema que intuyo es el de los nombres. Vamos a ver: ¿existen 100 millones de palabras en latín? De hecho: ¿existen 100 millones de palabras en cualquier idioma? Respuesta: no. Nos van a hacer falta una buena millonada de nombres. Tengo delante un diccionario de la lengua (no el de la Real Academia) y contiene, aproximadamente, unos 30.000 términos. Es decir, necesitaría cerca de 3.500 diccionarios diferentes para dar con 100 millones de palabras. Por supuesto, el diccionario no incluye nombres propios de personas, ni localidades, tan frecuentes en nombres específicos. Además, nos diría un especialista en nomenclatura, el epíteto específico puede ser igual en multitud de especies, siempre que pertenezcan a diferente género. Así, si suponemos que por término medio un género cualquiera contiene 10 especies, podríamos utilizar hasta 10 millones de veces el adjetivo *rufus*, una por género. Es posible, pero no dejaría de ser una suerte de aberración que ya ha causado sus problemas en la actualidad. Cuenta Pierre Bonnet en su *Bibliographia Araneorum* que de las 250 especies de arañas conocidas de California hasta 1945, cerca de 30 se apellidan *californica*, *californicus*, etc., con los consiguientes problemas que surgen al cambiar una especie de género. Ahora bien, aunque optemos por la repetición *ad infinitum* de los epítetos específicos, seguiremos teniendo un problema con los 10 millones de nombre genéricos, los cuales, si bien pueden ser iguales a aquellos, no pueden coincidir entre sí (homonimia). Además, por supuesto, de otro buen lote de nombres accesorios: todos los correspondientes a taxones superiores a género. Por descontado, habría que olvidarse completamente de las subespecies y otras denominaciones infraespecíficas.

Hay otro problema: los 30 mil términos de mi diccionario incluyen verbos, adverbios, artículos, pronombres, etc. En teoría, el término genérico debería ser un nombre y el específico un adjetivo, con lo que las 30 mil palabras son utilizables sólo en parte o con arreglo a ciertas normas.

Otra cuestión es que con semejante volumen de información, el nombre del autor deberá constar adecuadamente detallado. Está ocurriendo ya en la actualidad: los autores, especialmente si sus apellidos son más o menos comunes, los están ampliando. Ya no existen LOPEZ o GARCIA; ahora son LOPEZ-EZQUERRA o GARCIA-

MARTINMORALES. Quizás ni siquiera esta ampliación sea suficiente en el futuro, con 100 millones de taxones y una millonada de descriptores.

Aunque dejemos el asunto reducido a 10 millones de nombres (genéricos o específicos), vamos a tener que utilizar términos poco apropiados, bautizando taxones mediante, por ejemplo, nombres artísticos de famosos: el coleóptero melolóntido Orson Welles, la mariposa Vanessa redgrave, o la cigarra Fiorella Faltoyano. Otros más prosaicos podrían ser: General Motors, Televisión española, Partido popular o Droguería viscosa, todos ellos convenientemente latinizados.

Por supuesto, todo lo anterior puede parecer una exageración, pues siempre se podrían combinar letras aleatoriamente para formar palabras (aunque resultarían impronunciables). Habría así combinaciones suficientes: por ejemplo, para palabras de 6 letras, en las que, como mínimo, dos sean vocales, resultan 13 millones de combinaciones. Eso sí, con joyas como Wtgaej, Zzzizi o Eeeee. Además de algo próximo al masoquismo o la locura, las denominaciones ya nada tendrían que ver con los propios taxones. Además, sería una estupidez. Si el nombre genérico y el específico (en breve, epíteto específico) no dicen absolutamente nada, sería preferible utilizar códigos numéricos puros, mucho más manejables desde el punto de vista informático. ¿Qué más nos da que un bicho se llame Kvgteejln aoecltf que 1200313 339851? Incluso, cosas como: 2341 34225 64555 88577, al estilo de una tarjeta de crédito Visa. Curiosamente, si cada uno de los bloques numéricos tuviera algún sentido (parece lo sensato), por referencia a la posición sistemática de la especie, volveríamos a los tiempos prelinneanos, cuando las especies eran denominadas mediante frases cortas en latín que contenían una breve -pero útil- información de la morfología y sistemática del taxón.

Necesitamos, urgentemente, otro Linneo que invente, rápido, un código de barras para la naturaleza del 2000.

☉ Y hablando de Wilson... En El Naturalista, cuenta algunas de sus investigaciones en materia de comunicación entre sus insectos preferidos: las hormigas. El mecanismo de comunicación fundamental es la utilización de sustancias químicas: las feromonas. Wilson, en tiempos de la prehistoria de la química entomológica, hizo algunos experimentos elementales. El primero de todos ellos fue intentar localizar la feromona de la muerte. Las hormigas trasladan los cuerpos sin vida de sus compañeras a un lugar determinado del hormiguero que hace las veces de basurero/cementerio. Comprobó que uno o dos días después de fallecer un individuo, otras compañeras procedían a retirar el cadáver. Así que hizo el siguiente experimento: impregnó con el olor de un ejemplar muerto a un individuo vivo. El resultado -según narra- es que otras hormigas desterraron a la fuerza al ejemplar, sin que, al parecer, les importaran los esfuerzos del pobre bicho por demostrar que estaba vivo. Oía a muerto, ergo está muerta, por mucho que se resista. Ocurrió en varias ocasiones sucesivas, ya que la hormiga, lógicamente, terminaba por salir del cementerio y volvía a la zona habitada del hormiguero. Al final, parece que el olor terminó por disiparse y la hormiga pudo al fin incorporarse definitivamente a la vida 'civil', sin que la importunaran los enterradores.

Hasta aquí, todo perfecto. Pero si uno le da vueltas al asunto puede llegar a conclusiones, como mínimo, inquietantes. Veamos, se supone que el comportamiento de los insectos es puramente instintivo y que sus reacciones son prácticamente automáticas, irracionales. Por supuesto, a nadie se le ha ocurrido siquiera insinuar que un insecto tiene consciencia de su individualidad, consciencia de su 'yo'. Pero el ejemplo del experimento podría llevarnos a otra conclusión (al menos a otra hipótesis). Si la reacción automática de las hormigas enterradoras es tomar el cuerpo del ejemplar teóricamente muerto, independientemente de que se resista con fuerza (es decir, de que esté demostrando que está viva), podemos preguntarnos por qué la propia hormiga no procedió, ante su propio olor, a marcharse mansamente hacia el cementerio y quedarse allí, haciéndose la muerta. Al menos hasta que se disipara el

olor. O, como mínimo, a no resistirse a ser llevada al cementerio. Si no lo hizo es por que estaba viva, es decir, se sentía viva, al margen de cual fuera el mensaje oloroso (y, se supone, su reacción instintiva automática). 'Me siento viva, aunque mi "inteligencia" diga que estoy muerta'. El 'yo' subyacente y tal vez esquizofrénico de la hormiga en ese instante místico tuvo, necesariamente, que ser otro diferente del Yo Ciego e Instintivo de la especie. La hormiga tuvo que romper el lazo férreo que la ligaba a la especie. Ya no era una hormiga, era la hormiga.

☉ Javier Pérez Valcárcel me ha enviado una nota entomológica publicada en el Boletín de la Sociedad Entomológica de España, t. XV (1932), con destino a la 'enciclopedia de la curiosidad y el disparate entomológico' que venimos publicando en estas páginas. La nota, decía así:

Insectos de la tumba de Tutancamen (Egipto).

La tumba que se ha hecho tan famosa por las riquezas en ella encontradas, ha dado también a la Entomología su contingente que merece consignarse. Los insectos fueron obtenidos de cuatro vasos de alabastro y de un cofrecito de madera y por el Sr. Adair, ofrecidos para su estudio al entomólogo D. Anastasio Alfieri, del Cairo, quien ha publicado el resultado en el boletín de la Sociedad Entomológica de Egipto (1931, p.188).

Pertenecen todos al orden de los Coleópteros y a tres especies, que se alimentan de substancias orgánicas vegetales o animales, y a dos familias.

ANOBIOS

Lasioderma serricorne F. En gran número.

Silodrepa panicea L.

TINIDOS

Gibbium psylloides Czemp. Cientos de ejemplares.

El mismo Sr. Alfieri añade dos observaciones de interés:

1ª La presencia de estos insectos en Egipto desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, indica que son indígenas en el país.

2ª Es también muy importante consignar que, a excepción de la diferencia en el color de algunos ejemplares de la tumba de Tutancamen, debida sin duda a la acción de los siglos, o más probablemente aún a la de las substancias con las cuales estuvieron en contacto, 3.500 años, no han bastado para modificar en lo más mínimo los caracteres morfológicos o las dimensiones de la especie actual.

☉ El día 5 de marzo tuvo lugar en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, organizada por la Sociedad de Amigos del Museo, la conferencia **Insectos e invertebrados no insectos en las colecciones del M.N.C.N.** a cargo de I. Izquierdo, C. Martín y O. Soriano.

☉ El pasado 16 de enero falleció en Alemania el especialista mundial en *Parnassius* (Lepidoptera) Denis Müting.

☉ Se ha puesto en marcha, en Francia, la **UNION de l'ENTOMOLOGIE FRANCAISE**, federación que pretenden agrupar a las distintas asociaciones entomológicas del país, y a la cual pueden adherirse los entomólogos a título individual. Entre sus múltiples objetivos, se cuentan:

-Organizar los intereses de los entomólogos y la Entomología a nivel nacional;

-Hacer conocer a las autoridades nacionales e internacionales la realidad y problemas de la entomología francesa;

-Elaboración de proposiciones, reunir información y hacerla circular entre sus asociados;

-Elaborar inventarios faunísticos, propuestas en materia de protección;

-Elaborar un código deontológico de la Entomología y los entomólogos.

Interesados: U.E.F. Musée d'Histoire Naturelle, rue Jehan de Marville, 21000 Dijon (Francia).